

Periodismo y círculos literarios femeninos en la Sudamérica decimonónica: El caso de Carolina Freyre de Jaimes (1844-1916) en Bolivia

Kurmi Soto Velasco

Carolina Freyre es simplemente una mujer que ha escrito y escribe sin ofender a nadie.

“Carolina Freyre.” *El Correo del Perú*,
sábado 28 de diciembre de 1872.

En 1996, la peruana Francesca Denegri afirmaba algo novedoso para aquel entonces: la existencia de una dinámica red de escritoras peruanas que sentaron pie dentro de la literatura decimonónica a través de periódicos y revistas.¹ En su estudio, titulado *El abanico y la cigarra. La primera generación de mujeres ilustradas en el Perú*, ella rastrea el “surgimiento de la voz literaria femenina” y muestra las profundas conexiones que tuvieron mujeres como Juana Manuela Gorriti (1818-1892), Clorinda Matto de Turner (1852-1909)² y Mercedes Cabello de Carbonera (1842-1909). Dentro de este grupo, también destaca la tacneña Carolina Freyre de Jaimes (1844-1916), hija de una conocida familia de imprenteros y periodistas de la costa peruana.³ En efecto, su padre, Andrés Freyre Fernández, fundó y dirigió varios títulos entre los cuales debemos mencionar *La Bella Tacneña* de 1855, en el que Carolina publicó sus primeros poemas a los catorce años. Desde este momento hasta su muerte, su vida estaría ligada al periodismo, oficio al que se dedicó en Lima, La Paz, Sucre y Buenos Aires, así como en varias otras ciudades sudamericanas.

Para comprender mejor a este personaje es, por lo tanto, necesario tener en cuenta el aspecto fragmentario de su producción, dispersa en hojas volantes, y, a la vez, constatar que este mismo hecho permite explorar los lazos que se tejieron entre ella y muchas escritoras de su época. Entonces, a partir de su figura, nos gustaría poder afirmar, como lo hace Francesca Denegri en el caso del Perú, la existencia de una red de escritoras bolivianas que formaron, en la segunda mitad del siglo XIX, un “grupo orgánico que se reun[ía] y [tenía] proyectos en común” (12) e insistir en “la práctica continua de relación entre ellas” (16), mostrando cómo, a través del constante diálogo, lograron afirmar su presencia en el ámbito público. Leyéndose, comentándose y dedicándose poemas, las

mujeres que rodearon a Carolina Freyre en Bolivia también constituyeron un círculo de reflexión femenino que, si bien no formó una generación en el sentido pleno de la palabra, sí estableció lazos generacionales que unieron a María Josefa Mujía (1813-1888) con poetisas mucho más jóvenes, como Adela Zamudio (1854-1928).

El análisis que proponemos difícilmente podría abarcar toda la producción boliviana de Freyre; por lo mismo, decidimos concentrar nuestra atención en dos ejemplos concretos que ayudarán a comprender los vínculos que ella entabló con sus pares bolivianas en dos períodos muy distintos. El primero es *La Aurora Literaria*, una publicación de la Sociedad Literaria de Sucre que salió a mediados de la década de 1860; el segundo es *El Álbum*, un semanario que Freyre editó en Sucre en el año 1889.⁴ Esta diferencia de más de veinte años entre ambas revistas nos permitirá estudiar la evolución no solo de esta escritora en particular, sino también la de los círculos femeninos bolivianos en general.⁵

1) Romanticismo y sociabilidad femenina

El estudio que emprende Denegri acerca de la primera generación de mujeres ilustradas en el Perú comienza afirmando que, durante el siglo XIX y, particularmente, las décadas de 1860 y 1870, apareció “un nuevo sujeto discursivo: la escritora ilustrada” (31). Aunque ella señala que esto se debió a múltiples razones, quizás la más importante sea “la eclosión de una poética romántica que coincidía en sus planteamientos y lenguaje con las imágenes femeninas creadas por la ideología de género de la Europa moderna que circulaban en la prensa periódica de la época” (32).

En efecto, Denegri analiza cómo el proyecto nacional de modernización se juntó con la sensibilidad de una generación que abrazó los ideales europeos y formó el movimiento romántico peruano, en el cual se contaron importantes nombres de la talla de Ricardo Palma. En este contexto, la literatura, a través de periódicos y revistas, fue el principal vehículo de transmisión. Algo similar es perceptible en la revista boliviana *La Aurora Literaria* (1863-1864), el órgano de difusión de la Sociedad Literaria de Sucre, presidida, en aquel entonces, por Manuel María Caballero.⁶

En un artículo firmado por Sebastián Dalence y titulado “Reflexiones literarias,” se reafirma esta deuda hacia la literatura extranjera y, en especial, hacia autores como Lord Byron y Víctor Hugo.⁷ Dalence no solo apunta las características de esta nueva escuela sino también las críticas que le reprochan “su complacencia en expresar las ideas melancólicas y escépticas, en describir las escenas tristes y lúgubres” (117). Sin embargo, esta preferencia se justificaba perfectamente ya que, según el autor, “el romanticismo es pues el reflejo y la fiel expresión de nuestra sociedad.”

Sin duda, las prácticas literarias venidas de Europa florecieron dentro de la sociedad sucreña. Una muestra clara de ello fue el surgimiento de salones, un rasgo muy notorio del romanticismo que fomentó la formación de círculos de discusión alrededor de las artes. Madame de Stäel sería, por ejemplo, una impulsora fundamental de este tipo de sociabilidad así como también muchas escritoras de su generación tanto en Alemania como en otros países. De hecho, estos hábitos se desarrollaron desde muy temprano en el

corazón de Europa y permitieron la rápida constitución de círculos de mujeres. En efecto, en su artículo “La conversación en femenino del romanticismo alemán,” María Evangelina Santoro afirma que es precisamente en el seno de los salones literarios que pudieron surgir voces femeninas (640). Ella anota las sutilezas de cada tipo de reunión, pero señala que todas estaban conformadas por “círculo[s] de personas que representaban la cultura y la política de la época” y que las mujeres que participaban de ellas eran de la aristocracia o de la alta burguesía. Esta práctica, como veremos, tuvo rasgos similares en América Latina.

El gusto por las reuniones artísticas fue ciertamente perceptible a lo largo de toda la carrera de Carolina Freyre, quien siempre disfrutó haciendo crónicas sobre la vida social del lugar donde se encontraba. La vemos, por ejemplo, frecuentando los círculos más selectos de la capital peruana de los que dio cuenta en su columna “Revista de Lima” del prestigioso diario pierolista *La Patria*, y también la encontramos en La Paz, acompañada por el entonces presidente Narciso Campero, y su consorte, la escritora Lindaura Anzoátegui, como consigna en su “Mosaico” semanal de *Las Verdades* (1882-1884), un periódico conservador dirigido por su marido, Julio Lucas Jaimes. En Sucre no fue diferente y, en su “Revista de la semana,” ella describió los lujosos salones de la esposa de Aniceto Arce.

El surgimiento de sociedades intelectuales fue también una de las características más notorias de este período. En la capital peruana, Carolina Freyre fue una de las primeras mujeres en participar del exclusivo Club Literario de Lima, en el que ella se dedicó a analizar la literatura latinoamericana y, en La Paz, formó parte de la Sociedad Progresista, un espacio en el que también Natalia Palacios cultivó su poesía así como otras señoras que pasaron al olvido.

Todo esto permitió la creación de lazos entre estas mujeres que se organizaron alrededor de los preceptos del romanticismo latinoamericano. A decir de Denegri, dentro de este nuevo contexto estético, “vemos [. . .] una manipulación de los símbolos de feminidad” (57) que le otorgó un lugar central a “la esfera privada del afecto doméstico” (55). Esta difusa articulación de lo público y de lo privado, que ya era perceptible en la aparición del salón—un espacio a medio camino entre ambas esferas—, se prolongó a la literatura, en la que se exploraba la sentimentalidad, justamente pensada como “símbolo de feminidad.” Es así que esta sensibilidad romántica permitió el ingreso de las mujeres en la discusión literaria a partir de la década de 1860, y un claro ejemplo de ello fue, en el caso de Sucre, *La Aurora Literaria*.⁸ Este documento constituye una muestra de la irrupción de la voz femenina en las revistas de la época y, aunque no debemos intentar encontrar un gran número de escritoras entre sus páginas, Carolina Freyre y María Josefa Mujía, las dos únicas que participaron de forma activa en este proyecto, resultan lo suficientemente representativas como para afirmar su presencia en el ámbito literario.

Mujía, para aquel entonces, ya había cosechado fama con su poema “La ciega,” atrayendo la atención de sus contemporáneos, quienes, “impresionados [...], le dedicaron composiciones tratando de consolarla en su aflicción” (vv. AA. 64). En efecto, las dos únicas publicaciones de Carolina en las hojas de *La Aurora Literaria* fueron poemas

dedicados a “la distinguida poetisa señorita María Josefa Mujía” en los que insistía en su profunda admiración hacia la chuquisaqueña. En ellos, la tacneña elogiaba el “lenguaje sublime” y el “expresivo sentimiento” (*La Aurora Literaria* 70) de estas composiciones que son “un bálsamo que a los males / alivio y consuelo da” (71) puesto que la oscuridad de su ceguera era, según Freyre, contrarrestada por la rutilante “aurora” de su poesía.

En este intercambio poético entre ambas, sobresale el lugar que se le otorga al sentimiento, una característica que, como afirmaba Dalence, era propia del romanticismo, pues la misma María Josefa Mujía describe su estilo como un espacio de “dolor y melancolía / y gemido de quebranto” (*La Aurora Literaria* 96). Asimismo, tenemos frente a nosotros un caso típico de sociabilidad decimonónica en el que tanto Freyre como Mujía aprovechan el lugar que les otorga esta nueva sensibilidad literaria para poder intercambiar sus concepciones sobre lo que es la creación poética y las relaciones entre escritoras. La poetisa ciega, por ejemplo, publica una composición extraída del “álbum de la señorita Bailona Molina de Fernández” titulada “La poesía a la música.” En esta, ambas mujeres se transforman en personificaciones de la poesía y la música respectivamente, lo que crea una complicidad creativa que Mujía expresa en estos términos: “[somos] hermanas a las que el cielo / uniera con dulce anhelo / en la más grata armonía” (*La Aurora Literaria* 95).

En este mismo sentido, la metáfora del álbum como una forma de diálogo y de complicidad es bastante reveladora de los lazos que se pretendía entablar entre escritoras. El *album amicorum*, una práctica muy corriente en Europa, no tardó en trasladarse a las élites letradas de Sudamérica. En él se juntaban dedicatorias y dibujos como muestras de afecto del círculo más cercano y, bajo esta forma, también se presentan varios poemas de *La Aurora Literaria* que llevan por título “Del álbum de...”⁹ Posteriormente, el término se convertiría en el título del periódico que Carolina Freyre editaría en Lima (1874-1875) junto a Juana Manuela Gorriti y cuyo espíritu retomaría quince años después en *El Álbum de Sucre* (1889).

Este vínculo muestra que los proyectos de la tacneña tuvieron una continuidad regional, no solo porque ambos compartieron los mismos objetivos sino, sobre todo, porque las escritoras que participaron en ellos fueron, en muchos casos, las mismas. Es así que, si bien en este trabajo nos enfocamos de forma exclusiva en el nexos con los círculos letrados peruanos, cabría también preguntarse cuáles fueron los lazos que unieron a estas mujeres con otros países vecinos, como por ejemplo Argentina, en la que floreció un importante movimiento literario femenino y en la que Gorriti también desarrolló su literatura.

2) Los mil rostros de la mujer decimonónica: Del ángel del hogar a la burguesa criolla

La entrada de las mujeres al espacio literario no está, sin embargo, exenta de contradicciones. No debemos, pues, buscar en este período ciertas reivindicaciones que, décadas después, se volverían una consigna, como por ejemplo el derecho al voto. La definición de lo que era la mujer y su lugar en la sociedad estaban, de hecho, marcados

por una clara diferenciación entre géneros pues, como sostiene Fernando Unzueta, durante esta época “los sujetos se constituyen en términos de una dicotomía genérica; es decir, se prescriben distintos (y hasta opuestos aunque supuestamente complementarios) papeles sociales y culturales basados en las diferencias sexuales” (219). *La Aurora Literaria* es bastante explícita al respecto. Belisario Loza, editor de la revista, propone en efecto una detallada definición en su artículo titulado simplemente “La mujer” (87).

En este texto, Loza asume la problemática tarea de establecer qué es lo que define al “bello sexo.” Según él, no procederá a partir de razonamientos, pues su intención no es pronunciar “un anatema de reprobación” contra la mujer sino intentar juzgarla “con el corazón,” el único lenguaje que ella comprende. El autor inicia su exposición afirmando dos figuras centrales: la madre y el “ángel de amor,” que no es sino el clásico modelo victoriano del también llamado ángel del hogar. El texto busca probar que, contrariamente a la opinión más difundida, la mujer no es “pecado” sino un ejemplo de virtud, pues su “pluma desfalleciente no se atrevería a definirla [como] se la ha llamado: *‘misteriosa mezcla del bien y del mal, [...] un misterio, un demonio’*” (95; con cursivas en el original). Para demostrar esta tesis, Loza evoca personajes como Juana de Arco o Santa Teresa, insistiendo en que el amor femenino se encuentra definido por su pureza. A pesar de que menciona el enigma de la reproducción, el aspecto sexual queda reducido a un “sentimiento tan grande, tan inmenso” que inspira tanto “en el mundo físico como en el moral” (91).

Finalmente, el artículo se cierra con la Virgen María, el ejemplo máximo de los valores femeninos. El autor afirma, convencido, que “el nombre de la mujer debiera ser recordado y bendecido juntamente con este recuerdo santo que la corriente de 19 siglos nos ha transmitido” (95). “¿Qué es la mujer?,” concluye, preguntando una vez más, a lo que responde: “preguntad a la inteligencia y os dirá: *un misterio*. Interrogad al corazón y os responderá: *un ángel*” (95; con cursivas de énfasis en el original).

Aquí, Belisario Loza retoma un lugar común de la época: la mujer entendida como esposa y madre, de hábitos puros y esencialmente virtuosos; algo que, según Denegri, la aleja de concepciones pasadas que hacían de ella un “objeto erótico.” En efecto, en esta segunda mitad del siglo XIX, este aspecto se encuentra por completo obviado y, al contrario de la tapada limeña, tan colonial, en este periodo “la mujer imaginada pas[a] a convertirse en representante de una nación ‘civilizada’” (58).

Es justamente este rostro el que Carolina Freyre intenta retratar en sus múltiples artículos, tanto de opinión como de ficción. En “Hay que explicarse,” el primer editorial de *El Álbum* de Sucre, ella reafirma la división genérica que Fernando Unzueta señala y deja clara la separación entre el oficio del periodismo masculino y el que ella ejerce. Para la poetisa: “el hombre lucha en amplios y fértiles campos y cae, en ocasiones, como el gladiador vencido o remonta el vuelo hasta los espacios mágicos donde la ciencia o las artes le muestran sus victorias” (1). Al contrario, “la mujer ejerce una acción más limitada, sobre todo en nuestros países, donde costumbres y tradiciones señalan rumbo a su pensamiento.”

Consciente de estas limitaciones sociales, ella decide apoyarse en los principales valores femeninos y, en particular, en la virtud que se le exige a la mujer para dar cabida al tema de la educación femenina. Para ello, se sirve de una significativa cita atribuida a Plinio que aconseja: “no niegues a la mujer el estudio de las ciencias fundadas en la razón y el método. Filosofía, ciencia y artes [...] apartarán de ella otros *entretenimientos peligrosos*” (“Hay que explicarse” 1; énfasis propio). Un ejemplo conciso se es da unas páginas después, en la sección “Noticias, anécdotas y curiosidades.” En ella, la redacción menciona como “curiosidad” a la primera doctora argentina y, aunque alaba sus conocimientos científicos, también se detiene largamente en “sus buenos sentimientos” y “su corazón caritativo y generoso” que la “hacen digna de elogios,” sobre todo por haber superado la orfandad y “encarrilado y dirigido en la vida” a sus hermanos, como remplazo de la figura materna.

Entonces, las mujeres que Freyre dibuja en su escritura siempre se encuentran en un entre-dos en el que se someten a los deberes que los hombres les imponen, pero en donde, al mismo tiempo, encuentran las zonas de sombra de las prescripciones sociales para poder cultivarse. El acceso a la erudición es cuidadosamente mediado por Carolina Freyre en, por ejemplo, un artículo titulado “Una visita a una mujer de talento” (publicado en *El Álbum* el 26 de julio de 1889). En él, la autora describe a una “mujer ilustrada,” nacida en Cuba, pero criada en Lima, de grandes dotes intelectuales y, especialmente, ingeniosa poetisa. No obstante, será su apariencia sencilla lo que la despintará a los ojos del público, pues no es la “criatura original, pedante, excéntrica” (4) que se espera que sea y, como no está “vestida con los oropeles falsos de una falsa y empalagosa erudición,” resulta decepcionante. Sin embargo, esta anécdota le permite a la autora recordar a “sus queridas lectoras” la importancia de la sencillez y criticar los “caprichos excéntricos de [la] preciosa ridícula” (5).

Carolina era, quizás, consciente de las muchas voces masculinas que se alzaron en contra de ella y de la escritura femenina en general. Ya a mediados de la década de 1870, en Lima, había sido el blanco de una polémica iniciada por el escritor Manuel Adolfo García. En un texto publicado en *El Correo del Perú* el 14 de diciembre de 1872, García la tilda de pedante y se asombra ante la facilidad con la que ella realiza críticas teatrales y literarias: “así, cada una de sus revistas semeja una mujer presuntuosa que sale los domingos al paseo vestida de prisa y por consiguiente con desaliño” (389).¹⁰ Como conclusión, el autor sostiene sin más que “a la mujer que mucho escribe le sucede lo mismo que a la que mucho habla, yerra mucho” (390). Una semana después, otro personaje responde bajo el pseudónimo de Modesto. En su texto, titulado de forma sencilla “Carolina Freyre,” afirma que la poetisa tacneña es “simplemente una mujer que ha escrito y escribe sin ofender a nadie” (403). Asimismo, propone algunos nombres de escritoras entre las que destacan Gertrudis de Avellaneda y Madame de Staël, y reniega ante quienes impiden que surja un talento similar en el Perú.

La mención a este conjunto de escritoras no es anodina pues el autor subraya el trasfondo “monárquico” en el que se mueven estas figuras. En efecto, Carolina Freyre también hace hincapié en el origen social de las mujeres que escriben. En un editorial de *El Álbum* de Sucre, titulado “Literatura contemporánea. Los príncipes escritores” (5 de julio de 1889),

ella se enfoca en el trabajo de archiduquesas y emperatrices europeas, insistiendo en el carácter aristocrático de la escritura femenina que ya notábamos en la constitución de los salones femeninos europeos.

En la región sudamericana, este rasgo tiene, sin embargo, otros matices ya que la flamante escritora es, por excelencia, la nueva burguesa criolla. Francesca Denegri subraya este aspecto social, pues la mujer que las autoras decimonónicas van construyendo a lo largo de estas décadas es “el símbolo del ‘progreso moral’” (107); es decir, la efigie de los proyectos nacionales de modernización y, sobre todo, de la occidentalización. Es por eso que se redefine su lugar dentro de una nueva configuración familiar criolla, ya que es ella la que “tendría que garantizar el funcionamiento de la familia” (105) de acuerdo a los principios vigentes. De ahí la importancia que se le atribuye a la educación femenina, considerada como la garantía de una “regeneración fecunda” en aras de “la verdadera civilización.” Entonces, solo bajo este proyecto es concebible que la mujer “ocupe su lugar en el palenque de las ideas, en el movimiento literario, en la propaganda de las virtudes” (*La Bella Limeña*; citado en Denegri 105).

3) La educación de la mujer

A lo largo de toda su carrera, Carolina Freyre será indudablemente una de las principales voces de la educación femenina. Si bien es cierto que, como vimos, esta tiene sus claras limitaciones y obedece, ante todo, al orden de una sociedad patriarcal fuertemente dividida entre géneros, es innegable que, por primera vez, este debate entra al ámbito público. Por ejemplo, durante la década de 1870, ella publica con cierta regularidad una columna en *El Correo del Perú* titulada “La educación del bello sexo” en la que reflexiona al respecto, pero no es la única. A su lado también escribe el reputado sacerdote liberal Francisco de Paula González Vigil, quien ya había defendido con anterioridad el acceso de la mujer a la educación. En efecto, Denegri señala que González Vigil firma en 1858 dos textos significativos, al respecto: “Importancia del bello sexo” y la “Importancia del matrimonio.”¹¹ En ambos, a decir de la estudiosa peruana, él “argumenta a favor del ingreso de las mujeres a los institutos de educación superior a fin de prepararlas para su papel como guardianas de un hogar que debía mantenerse cada vez más impermeable al caos exterior” (Denegri 105).

Este llamado es también retomado sin falta por Carolina Freyre en *El Álbum* de Lima, fundado en 1874 junto a la argentina Juana Manuela Gorriti. Esta revista constituye uno de los principales medios de difusión de ideas que podríamos calificar de “proto-feministas,” y también sirve para consagrar el lugar que conquistaron cada vez más mujeres dentro del periodismo y la literatura en general. En él participaron también intelectuales bolivianas como Mercedes Belzu y María Josefa Mujía. Aunque el tema de la educación no fue tan preponderante como en *El Álbum* de Sucre (1889), sirvió como medio de difusión del creciente círculo femenino que se consolidaba en Lima antes de la Guerra del Pacífico.

Después de este trágico episodio bélico, Carolina intentaría reproducir estos medios de sociabilidad en la prensa boliviana. En La Paz, por ejemplo, ella colabora, como dijimos,

con su marido en *Las Verdades*, un periódico de clara tendencia pacifista en el que ella pasa revista de los hechos más importantes de la sociedad paceña. Ahí también aparecen nombres como Lindaura Anzoátegui de Campero, a la que Carolina dedica una larga composición publicada en varias entregas, y Natalia Palacios que contribuye con numerosos poemas. Asimismo, Adela Zamudio participa en *El Álbum* de Sucre con varias composiciones firmadas como “Soledad,” entre las cuales destaca una particularmente graciosa titulada “El solterón” (véase anexo).

Sin embargo, entre todas estas figuras femeninas que rodean a Carolina Freyre, la que más llama la atención es Hercilia Fernández (1860-1929), esposa de Ricardo Mujía, y parte de una familia que, a decir de Mauricio Souza (241), fue muy cercana a los Jaimes Freyre. Hercilia, a lo largo de casi toda la vida de *El Álbum*, desarrollará el tema de la educación de la mujer. Al comenzar el primer artículo de muchos que abordarán la cuestión, la poetisa afirma con contundencia que “el progreso social ha entrado en un período de celeridad creciente cuyo resultado, para la mujer, consiste en la emancipación del sometimiento a que ha estado durante millares de años” (Fernández 1).

Ella sostiene que la desigualdad genérica se debe, ante todo, a una educación diferenciada o, en muchos casos, a la ausencia de educación de la mujer pues, según sus propias palabras, “el punto capital que ha servido para apuntalar las difusas teorías sobre la incapacidad de la mujer, sobre su irremediable inferioridad, se halla reducido a una cuestión de educación intelectual” (1). Por lo tanto, proclama que es necesario “que se la reconozca en la dignidad de su naturaleza y se [le] depare un porvenir conforme al importante rol que desempeña en el organismo social.” Sin embargo, a pesar del tono combativo, no debemos obviar que el rol que la mujer “desempeña en el organismo social” no es otro sino el de madre virtuosa que, a través de su instrucción, debe inculcar valores a sus hijos. Esta idea, como decíamos, es parte íntegra del imaginario modernizante del período, y es deudora del positivismo en boga. Estos límites ideológicos no significan, empero, que la voz de Hercilia Fernández sea la de una conformista bien pensante.

Como parte del debate en torno al lugar que debe ocupar la mujer en la sociedad y, ante todo, en la producción de conocimiento, *El Álbum* publica un artículo del escritor español Juan Valero de Tornos (1842-1905) titulado “Discurso que yo pronunciaría si fuese invitado a una academia en la que hablasen señoritas” (19 de julio de 1889). En él, el autor se indigna frente a la presencia femenina en círculos académicos. Al comenzar su discurso ficticio, Tornos se dirige en primer lugar a los hombres pues, “colocando a las señoras en segundo término, es evidente que entendi[e] que están en esta academia fuera de lugar,” ya que “si debieran estar, ocuparían el primero, como lo ocupan en el corazón del hombre” (1). A partir de esta declaración, comienza una larga demostración del daño que podría causar la incursión de la mujer en otros ámbitos que no sean el privado. El principal argumento es que, al “arrancar a la mujer de la familia” se la desnaturalizaría y ponerla fuera del hogar, ya sea en el foro o el parlamento, sería como sacar a un pez del agua. Esto tendría un impacto no solo en la esfera privada sino también en la política y, eventualmente, en el destino de países enteros. El ejemplo más claro que da de esta peligrosa emancipación es Francia pues “este estado de la mujer francesa da lugar a

procesos escandalosos que todos conocéis y que ha dado gran resultado para Prusia. ¿Por qué la Alsacia y la Lorena han dejado de ser francesas? Porque antes del sentimiento de la patria, se había concluido en Francia el sentimiento de la familia” (2).

Este artículo no se queda sin respuesta y, la semana siguiente, una colaboradora anónima que bien podría ser Hercilia Fernández le responde en tono polémico. En “Contestación que desearía dar al discurso del señor Juan Valero de Torno si hiciera parte de la academia a que hubiese sido invitado” (*El Álbum*, 26 de julio de 1889), la autora se indigna frente a las declaraciones del español y declara, con contundencia, que se “permitir[á] protestar contra esa mutilación que le niega la inteligencia [a la mujer]” (1). En efecto, ella logra subvertir las afirmaciones del autor al formularlas de forma diferente y Juan Valero, dice con sarcasmo,

os afirma que el día en que la mujer se baste a sí misma, el día en que por medio de la instrucción deje de depender del hombre para la satisfacción de sus necesidades y el desarrollo de su ser; es decir el día en que deje de presentarse como un parásito sumiso y dependiente, ese día concluirá el trabajo y el progreso. (1)

Ante esto, la indignada articulista se empeña en demostrar lo contrario pues, para ella, justamente la mujer es uno de los principales agentes del progreso que, con la correcta instrucción, “es capaz de elevarse a las más altas especulaciones del saber, haciéndose apta para ejercer muchas de las funciones políticas y todas las sociales” (2). La mujer no es pues “puro sentimiento” como sostuviera Valero (y, con él, muchos otros) sino, al contrario, un elemento que ayuda al desarrollo de las sociedades como, justamente, la francesa, un pueblo que “march[a] a la cabeza de la civilización,” ya que “el progreso está en razón directa de la dignificación de la mujer por el cultivo de su inteligencia” (2). Finalmente, las conclusiones son contundentes: “señores y señoras, la mujer ha sido por largos siglos un miserable juguete en manos de sus dominadores” (2).

Conclusiones

En el artículo que acabamos de citar, la airada autora increpa a su público y exclama que: “la mujer no es *fantasía*, entendedlo; la fantasía es una abstracción que juega entre las calenturientas quimeras de los soñadores y los poetas; pero no puede tener representación en una realidad concreta” (Anónimo 1; con cursiva en el original). Pero, a pesar de estas firmes declaraciones, ella finaliza admitiendo que el principal rol del “bello sexo” es ser madre. No obstante estas contradicciones, este papel que se le atribuye dentro de la sociedad de la segunda mitad del siglo XIX le permite reclamar, sobre todo, su derecho a la educación y a la cultura. A través de la literatura, y gracias a la eclosión de los periódicos, ellas pudieron formar parte de la esfera pública, aunque jugando siempre con lo privado, el lugar que se les reservaba por excelencia. El ejemplo de Carolina Freyre permite evidenciar estas prácticas y enlazar a muchas escritoras bolivianas no solamente entre ellas, sino también con sus pares extranjeras, con las que compartieron una importante comunidad de ideales.

El romanticismo en Latinoamérica heredó de modelos europeos ciertas prácticas que facilitaron a las mujeres de la alta burguesía participar activamente en la cultura e, incluso, en la política. Por ende, no es de extrañar que Freyre entable relación con poderosas damas como Lindaura Anzoátegui de Campero o la esposa de Aniceto Arce. Ella también se precia de participar en cuanta actividad cultural hubiera donde se encontrase. En La Paz, da cuenta de las veladas de la Sociedad Progresista y, en Sucre, disfruta de varias actividades como el teatro y las reuniones sociales, pormenorizadas en sus revistas.

Gracias a dos casos precisos, como son *La Aurora Literaria* y *El Álbum* de Sucre, podemos ver cómo estas relaciones se tejen y afirman el surgimiento de una clara voz femenina en la literatura decimonónica boliviana, aunque es todavía un trabajo pendiente la exploración de la figura de la escritora en esta etapa. Si bien se realizaron sendos estudios sobre Adela Zamudio, Lindaura Anzoátegui o la misma Carolina Freyre, todos estos las consideraron como personalidades aisladas dentro del panorama literario de la época.¹² Entonces, quedan aún numerosos interrogantes sobre sus lazos, complicidades y divergencias, pues este trabajo no se pretende exhaustivo. Al contrario, simplemente desea señalar relaciones que podrían permitir nuevas hipótesis sobre la literatura femenina en la Bolivia del siglo XIX.

École Normale Supérieure de Lyon

Notas

¹ Este texto fue originalmente presentado en el IX Congreso de la Asociación de Estudios Bolivianos (Sucre, 24-28 de julio de 2017) como parte del simposio “Velos y revelaciones: Aproximaciones a mujeres de papel y pluma en mano en la literatura boliviana de los siglos XIX y XX.”

² Obviamente Juana Manuela Gorriti no era peruana, pero Denegri sigue su periplo en Lima y su íntima relación con escritores locales, en especial durante la década de 1870, lo que también prueba su impronta en la literatura de ese país.

³ Optamos por la grafía “Freyre” por ser la más usual, así como también por ser la que pasó a su descendencia y, en particular, a su hijo, el poeta modernista Ricardo Jaimes Freyre (1866-1933).

⁴ Un agradecimiento especial a Omar Rocha y al Centro de Documentación en Artes y Literaturas Latinoamericanas (CEDOAL) del Centro Simón I. Patiño que gentilmente facilitaron toda esta documentación. Debemos precisar, sin embargo, que no se trata de originales sino de copias sacadas del Archivo y Biblioteca Nacionales de Bolivia (ABNB). Los documentos que consultamos son, en realidad, los anales de la Sociedad Literaria de 1864. Todas las páginas son consecutivas y no se marca su periodicidad, por ende no podemos establecer el mes ni el día exacto de publicación. Este es el único juego que existe en el CEDOAL, habiendo unos cuantos números dispersos en la Biblioteca Central de la Universidad Mayor de San Andrés (UMSA). Para este trabajo, empleamos solamente la primera colección. En todos los casos, se ha modernizado la ortografía.

⁵ Para la diferencia entre periódicos y revistas, seguimos la clasificación de Gunnar Mendoza, quien propone que un periódico es una “publicación seriada y periódica o eventual, dirigida total o predominantemente a dar noticias y comentarios de actualidad” y una revista, una “publicación seriada y periódica o eventual dirigida total o predominantemente a entretener o dar una información especializada o vulgarizada sobre los diversos órdenes del conocimiento humano (330).

⁶ Sobre la cultura chuquisaqueña decimonónica y, particularmente las revistas y sociedades literarias, véase Rossells.

⁷ Dalence obtuvo gran renombre con su novela *Los misterios de Sucre* (1861), cuyo título no puede dejar de remitir a *Los misterios de París* de Eugène Sue (1842-1843), un favorito de este período.

⁸ En el caso de Bolivia, Fernando Unzueta precisa que el público femenino fue interpelado mucho más anteriormente, incluso desde la década de 1840. De esto tenemos numerosos casos que cabría analizar con mayor detalle.

⁹ El respetado músico y hombre de letras Luis P. Rosquellas difundió, por ejemplo, composiciones extraídas del álbum de varias señoritas no identificadas.

¹⁰ García se enfurece por una reseña que Carolina publica en su “Revista de la semana,” el espacio que ella anima en *La Patria* durante la década de 1870. Si bien la crítica es fuerte, Carolina Freyre es una de las personalidades femeninas más importantes de *El Correo del Perú*, no solo como colaboradora asidua sino también como uno de los nombres que más se luce en la primera página, y esto desde el comienzo.

¹¹ Ambos se reproducen en *El Correo del Perú* en 1871 y 1872, respectivamente.

¹² Al respecto, resulta llamativo que Virginia Ayllón, en un estudio sobre Lindaura Anzoátegui, llegue a declarar que “es menos probable que [ella] haya tenido contacto con

la obra de sus contemporáneas o anteriores escritoras del continente o aún de la lengua española” (314). Entre la lista de desconocidas, la articulista cita a Mercedes Cabello y Juana Manuela Gorriti, ambas muy vinculadas a Carolina Freyre y, por ende, difícilmente ajenas a Anzoátegui.

Anexo*El solterón*

Por ser libre y vivir sin más negocio
que hacer siempre su gusto, D. Teodosio
huyó del matrimonio y sus deberes,
lanzado de la edad a los placeres.

Pero al cabo es hoy viejo y desvalido,
y al verse de miserias consumido,
tiene que conocer, con sentimiento,
que aquella independencia era aislamiento.

Que en el sostén a un viejo necesario
nunca se esmera el brazo mercenario;
que da comodidades la opulencia
mas no cura del alma la dolencia.

Y que por falta de hijos o sobrinos,
al valerse de extraños y vecinos,
quedando a esos favores obligado,
hoy se halla más que nunca esclavizado.

Deber, necesidad, no importa el nombre,
siempre estará ligado el hombre al hombre:
no hay mejor libertad que las prisiones
que encadenan a santas afecciones.

Soledad, Cochabamba.

El álbum de Sucre, 9 de agosto de 1889

Obras Citadas

- Anónimo. "Contestación que desearía dar al discurso del señor Juan Valero de Torno[s] si hiciera parte de la academia a que hubiese sido invitado." *El Álbum*, Sucre, 26 julio 1889, pp. 1-2.
- Ayllón, Virginia. "Cuatro novelistas bolivianas abriendo y cerrando el siglo XX." *Mujeres que escriben en América Latina*. Editado por Sara Beatriz Guardia, Centro de Estudios la Mujer en la Historia de América Latina, 2007, pp. 313-324.
- Dalence, Sebastián. "Reflexiones literarias." *La Aurora Literaria. Colección de leyendas, artículos y poesías de los individuos de la Sociedad Literaria de Sucre*. Imprenta Boliviana, 1864, pp. 115-118.
- Denegri, Francesca. *El abanico y la cigarrera. La primera generación de mujeres ilustradas en el Perú*. 1996. Instituto de Estudios Peruanos, 2004.
- Fernández, Hercilia. "La educación de la mujer (1)." *El Álbum*, Sucre, 10 mayo 1889, pp. 1-2.
- Freyre, Carolina. "Hay que explicarse." *El Álbum*, Sucre, 3 mayo 1889, pp. 1-2.
- . "Una visita a una mujer de talento." *El Álbum*, Sucre, 26 julio 1889, pp. 3-5.
- . "Literatura contemporánea. Los príncipes escritores." *El Álbum*, Sucre, 5 julio 1889, pp. 1-2.
- García, Manuel Adolfo. "Las revistas de *La Patria* (crítica literaria)." *El Correo del Perú*, 14 diciembre 1872, pp. 389-390.
- La Aurora Literaria. Colección de leyendas, artículos y poesías de los individuos de la Sociedad Literaria de Sucre*. Imprenta Boliviana, 1864.
- Loza, Belisario. "La mujer." *La Aurora Literaria. Colección de leyendas, artículos y poesías de los individuos de la Sociedad Literaria de Sucre*. Imprenta Boliviana, 1864, pp. 87-94.
- Mendoza, Gunnar. "Los cien primeros años del periodismo en Bolivia, 1823-1922." *Estudios Bolivianos en homenaje a Gunnar Mendoza*. Archivo y Biblioteca Nacionales de Bolivia, 2014, pp. 328-376.
- Modesto (pseud.). "Carolina Freyre." *El Correo del Perú*, 28 diciembre 1872, pp. 402-404.
- Rossells, Beatriz. "Las frustraciones de la oligarquía del sur. Cultura e identidad en Chuquisaca del siglo XIX." *El siglo XIX. Bolivia y América Latina*, Institut Français d'Études Andines, 1997, pp. 265-279.
- Santorio, María Evangelina. "La conversación en femenino en el romanticismo alemán." *Escritoras y pensadoras europeas*. Compilado por Mercedes Arriaga, Arcibel, 2007, pp. 639-649.
- Souza, Mauricio. *Lugares comunes del modernismo: Aproximaciones a Ricardo Jaimes Freyre*. Plural editores, 2003.
- Unzueta, Fernando. "Género y sujetos nacionales: En torno a las novelas históricas de Lindaura Anzoátegui." *Revista Iberoamericana*, vol. 63, núms. 178-179, 1997, pp. 219-229.
- Valero de Tornos, Juan. "Discurso que yo pronunciaría si fuese invitado a una academia en la que hablasen señoritas." *El Álbum*, Sucre, 19 julio 1889, pp. 1-2.
- VV. AA. *Diccionario de la literatura latinoamericana. Bolivia*. Unión Panamericana, 1962.